

“Ve y predica” Huellas de Pablo en la vida de Domingo¹

En los primeros meses de 1217 Domingo se encontraba en Roma. Un grave contratiempo se había cruzado en sus planes: El Papa Inocencio III había fallecido en Perusa el 16 de julio. Dos días después era elegido Honorio III. ¿Cuál sería la actitud del nuevo Papa ante su fundación? La respuesta la dieron los hechos: el 22 de diciembre de 1216 la Orden era confirmada solemnemente mediante la bula *Religiosam vitam*, firmada por el Papa y dieciocho cardenales.

En esos días, nos refiere Constantino de Orvieto que:

“Oraba Domingo en la basílica de San Pedro pidiendo a Dios que conservara y aumentara la Orden, vio cómo se le acercaban los apóstoles Pedro y Pablo. Pedro le entregaba un báculo, y Pablo un libro. Le decían: «Vete, predica, porque Dios te ha escogido para ese ministerio». Dicho esto, le parecía ver a sus hijos diseminados por todo el mundo yendo de dos en dos anunciando la palabra divina.”²

El padre Vicaire señala que en esta visión Domingo recibe de Pedro el distintivo oficial del mensajero de Dios (el bastón) y de Pablo, la doctrina (el libro). Allí comprendió que debía extender su Orden y hacerla universal, recibiendo la misión directamente de Roma.³

Entre los testigos de canonización se encontraba fray Juan de Navarra, quien se había unido a los compañeros de Domingo en 1215. En la dispersión de los frailes, el 15 de agosto de 1217, fue enviado a París. Entre otras cosas, dijo en su declaración:

“Fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los frailes de la Orden, con su palabra y por medio de cartas, para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento. Esto lo sabe porque se lo escuchó decir, y vio sus cartas. Dijo también que llevaba siempre consigo el Evangelio de san Mateo y las cartas de san Pablo; estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que los sabía de memoria.”⁴

Estos dos datos –una experiencia vivida en la oración y la información sobre el “equipaje” de Domingo- vinculan a nuestro padre con la figura de san Pablo. Pero para descubrir las huellas del Apóstol en la vida de Domingo, creemos que hay que ir más allá de los textos y menciones explícitas, y llevar a cabo una relectura de su proyecto y de toda su vida apostólica, descubriendo “debajo” la impronta paulina que hubiera en ellos. Esa labor, ciertamente, nos desborda.

Hemos optado, más bien, por elegir solo seis ejes significativos e ilustrar con las fuentes dominicanas y los textos paulinos, esa influencia tan fecunda para nuestra Orden. Antes, ofrecemos una breve reseña acerca de la relación de Domingo con la Sagrada Escritura.

¹ Imágenes: Aparición de los apóstoles San Pedro y San Pablo a Santo Domingo - Bartolomé de Cárdenas, o de su entorno artístico (1547-1630). Óleo sobre lienzo. Medidas: 114 x 96 cm. Restaurado. Monasterio del Corpus Christi, MM. Dominicas, Valladolid; y bajorrelieve de Nicolás de Pisa en el sepulcro de Santo Domingo en Bolonia.

² CONSTANTINO DE ORVIETO, “Legenda Sancti Dominici” 25, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, Madrid 1987, 259.

³ H.-M. VICAIRES, *Historia de Santo Domingo*. Nueva edición española por A. VELASCO DELGADO, Madrid 2003, 560-561.

⁴ “Processus canonizationis Sancti Dominici apud Bononiam”, n° 29, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 161. El texto latino dice: *Semper gestabat secum Matthei evangelium et epistolas Pauli et multum studebat in eis, ita quod fere sciebat eas cordetenus.*

DOMINGO Y LA BIBLIA

“Mucho más dulce que la miel para su paladar”

Estudios en Palencia (1186-1196 aprox.).

En las últimas décadas del siglo XII, en Palencia enseña la teología al menos un maestro, y su nombre quizás podría encontrarse en alguna de las listas de canónigos que el cabildo ha dejado. Allí aparecen mencionadas figuras tales como Gerardo, Lanfranc, Tello.⁵

Sin embargo, las escuelas de Palencia son célebres, sobre todo, por la enseñanza de las artes liberales. Esto es lo que el joven Domingo va a buscar en ellas. Dice Jordán de Sajonia:

“Después [Domingo] fue enviado a Palencia para formarse en aquella ciudad en las artes liberales, cuyo estudio estaba allí en auge por entonces.”⁶

El programa de estudios era el tradicional. Se accedía a las siete artes que, a su vez, se encontraban agrupadas en dos secciones: el llamado *Trivium*: gramática, dialéctica y retórica; y el *Quadrivium*: aritmética y música, geometría y astronomía.

Domingo, después de detenerse algún tiempo con las materias de la primera, especialmente con la gramática y la dialéctica que podían proporcionarle una formación literaria y lógica, se volcó luego duramente al estudio de la filosofía, que ya en el siglo XII no era una extensión de la dialéctica o de las artes, sino una disciplina nueva intermedia entre las artes y la teología.⁷

Jordán nos informa:

“Una vez que en su opinión las tuvo suficientemente asimiladas [las artes liberales], abandonó estos estudios, como si temiera ocupar en cosas menos útiles la brevedad de la vida. Se remontó al estudio de la teología, y comenzó a quedarse completamente impresionado en contacto con la Sagrada Escritura, mucho más dulce que la miel para su paladar.”

De aquí deducimos que Domingo no dedicó los siete años que se tenían como norma general; consideró que cinco o seis años eran suficientes. Por lo tanto, su estancia en Palencia habría sido de diez años: si se sacan los cuatro de teología, el estudio de las artes liberales le habría ocupado seis. Si no prolongó sus estudios hasta el punto de ser él también profesor, cosa que le hubiera dado derecho al apelativo de “maestro”, por lo menos fue un *divinus* como entonces se decía, esto es, un teólogo bien formado.

Continúa diciendo Jordán:

“En estos estudios sagrados pasó cuatro años. Se dedicaba con tal avidez y constancia a agotar el agua de los arroyos de la Sagrada Escritura que, infatigable cuando se trataba de aprender, pasaba las noches casi sin dormir. La verdad que escuchaba, la guardaba en lo profundo de su mente y la retenía en su tenaz memoria.”⁸

En ese tiempo, Domingo trabaja sobre la *Divina Pagina*, es decir, el texto de la Biblia comentado por los Padres de la Iglesia. Tanto se dedicaba que más tarde sabrá de memoria capítulos enteros.

El método de estudio era el siguiente: el maestro analizaba en la cátedra el texto bíblico con la ayuda de los comentarios tradicionales y según los procedimientos de su tiempo. De vez en cuando, procuraba que en la explicación de la letra surgiese una dificultad para discutirse, bien en la

⁵ H.-M. VICAIRE, *Historia*, 108.

⁶ JORDÁN DE SAJONIA, “Libellus de principiis Ordinis Praedicatorum” 6, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 85.

⁷ H.-M. VICAIRE, *Historia*, 110 nota 41.

⁸ JORDÁN DE SAJONIA, “Libellus” 6, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 85.

clase misma, bien en una disputa, estableciendo un momento propio para ello. Al final de la lección ordinaria, el maestro condensaba su enseñanza en breves frases explicativas llamadas “glosas”, que exponía a sus estudiantes. Sabemos que Domingo, cuando llegaba a su casa, las pasaba a sus pergaminos, donde se había hecho copiar el texto de la Biblia. De manera que tenía un verdadero tesoro: libros con el texto de la Sagrada Escritura y repletos de glosas. Recordemos lo que señalaba fray Esteban, en el proceso de canonización:

“Por aquel entonces comenzó a hacer estragos en aquella región un hambre cruel, hasta el punto de que muchos pobres morían de hambre. Fray Domingo, movido a compasión y misericordia, vendió **sus libros glosados de su propia mano.**”⁹

Enseñanza en Roma (1216-1217).

La segunda quincena del mes de septiembre de 1216, Domingo va por tercera vez a Roma, ocupado en que la incipiente fundación fuera reconocida por el nuevo Papa Honorio III. En ese contexto, aprovechó su estancia en esa ciudad para predicar y explicar en las escuelas las Epístolas de San Pablo, además de dar a conocer su Orden de Predicadores. Todo esto le ganó numerosos oyentes y muchas simpatías.¹⁰

Los cronistas destacaron siempre la preparación bíblica de Domingo. Al respecto, en la escuela del cabildo de Osma a finales del siglo XIII existían veintidós tratados bíblicos sobre un total de noventa obras. No es superfluo preguntarse se ello no habrá sido fruto de la acción de su prior Domingo.

Su obra literaria.

Es cierto que no conocemos toda la obra literaria de Domingo de Guzmán. Los biógrafos le atribuyen una serie de comentarios bíblicos como resultado de sus enseñanzas en Roma, Bolonia y París. No queda constancia alguna de estos textos, pero entre las obras que se le atribuyen, figuran los siguientes títulos: *Super evangelium Mathaei enarrationes*; *Super Mathei capitulum VIII: Ascendente Iesu in naviculam, ubi omnia navis armamenta ad mores elegantes trahit* y *In Pauli epistolas lectiones Romae in palatio apostolico dictae*.

⁹ “Processus”, n° 35, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 166.

¹⁰ Cf. J. M. DE GARGANTA, “Introducción general”, en M. GELABERT – J. M. MILAGRO, *Santo Domingo de Guzmán visto por sus contemporáneos*, Madrid 1966, 80. Entre sus fervorosos admiradores estaba el noble joven Guillermo de Montferrat quien le rogó que lo admitiese en su Orden, pero Domingo le aconsejó que antes fuese a estudiar Teología en la Universidad de París. Así lo hizo, y más adelante recibió el hábito de fraile predicador, siendo durante mucho tiempo compañero de viajes y más tarde testigo en el proceso de su canonización.

PABLO Y DOMINGO

“Vete, predica, porque Dios te ha escogido para ese ministerio”

La predicación.

Domingo tuvo en el siglo XIII una intuición verdaderamente profética: el primer paso para el acceso a la fe y para el nacimiento o la reconstrucción de la comunidad cristiana era la predicación, el anuncio de la Palabra de Dios. Dice Felicísimo Martínez:

“La predicación es, en el proyecto fundacional de Domingo, el medio específico para servir al fin último de la misión pastoral de la Iglesia: la salvación de los hombres. El anuncio de la Palabra es la primera y esencial actividad pastoral de la Iglesia. *Fides ex auditu*. Anuncio del *kérygma*, fe en el Evangelio de Jesús, bautismo en el nombre del Señor Jesucristo para la remisión de los pecados.”¹¹

Pero en el carisma de la Orden, la predicación de la Palabra va siempre unida a la “salvación de las almas”, que es el objetivo de la predicación. La vida dominicana se organiza en torno a la predicación para la salvación de otras y otros. En el prólogo de las Constituciones Primitivas de la Orden estos dos elementos, “predicación” y “salvación de las almas”, están íntimamente unidos: “*Sabemos que nuestra Orden fue instituida especialmente para la predicación y la salvación de las almas*”.¹²

El carisma dominicano tiene entonces, como dos fines. El primero: la predicación, que está ordenado al segundo: la salvación del ser humano. Estas finalidades son las que organizan la vida dominicana. Afirmaba el P. Damian Byrne: “*Aunque son muchos los llamados a predicar, se necesita una Orden de Predicadores que recuerde a la Iglesia su misión de predicar*”.¹³

Esa salvación es deseada por Domingo para todas y todos. Relata Jordán:

“Hacía frecuentemente a Dios una súplica especial: que se dignara concederle la verdadera y eficaz caridad, para cuidar con interés y velar por la salvación de los hombres. Pensaba que sólo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo cuando pusiera todo su empeño en desgastarse para ganar almas, al modo como el Señor Jesús, Salvador de todos, se inmoló totalmente por nuestra salvación.”¹⁴

Por su parte, la reflexión llevada a cabo por Pablo en la actividad evangelizadora y como fruto de ella, le permitió descubrir que junto al mandato de Jesús de anunciar la Buena Noticia (cf. Mt. 28,28-20; Mc. 16,15-18; Lc. 24,47; Jn. 20,21-23), había un plan de Dios concebido desde la eternidad, que consiste en que todos los seres humanos se salven (I Tim. 2,3-4). Ese plan lo reveló Cristo Jesús (Rm. 9,11; Gál. 4,4). El Dios Único, la razón única soberana que está por encima de todas las cosas, tiene un designio universal. El plan de Dios es uno y universal; es –si cabe decirlo así– a su Imagen.

Pablo descubre la universalidad del Evangelio precisamente cuando éste es anunciado fuera del mundo judío. Que los no-judíos lo acepten en sus propias culturas prueba que el plan de Dios es para todos sin distinción (cf. Ef. 3,1-13), es “*para todo hombre que cree*” (Rm. 1,16). De la pequeña comunidad de Tesalónica “*la palabra del Señor resuena en toda Macedonia y Acaya, y la fama de la fe se difunde por todas partes*” (I Tes. 1,8). Y escribe a los romanos que da “*gracias a*

¹¹ F. MARTÍNEZ, *Espiritualidad dominicana*, Madrid 1995, 117.

¹² “*Constitutiones antique ordinis fratrum praedicatorum*”, pról. en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 728.

¹³ D. BYRNE, “El Ministerio de la Predicación”, *Alabar- Bendecir - Predicar. Palabras de Gracia y Verdad (1962-2001)*, Salamanca 2004, 220.

¹⁴ JORDÁN DE SAJONIA, “*Libellus*” 13, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 88.

Dios mediante Jesucristo por todos ustedes, porque su fe es celebrada en todo el mundo” (Rm. 1,8).

Este Dios único extiende su reinado a todo el universo. Por eso para Pablo, la obra de los evangelizadores no consiste en implantar el reinado de Dios. Esto ya fue realizado por la muerte y resurrección de Cristo. A ellos les corresponde la tarea de proclamar, de extender y de llevar a cumplimiento lo que Dios ha realizado. Puede entenderse entonces que diga:

“Predicar el Evangelio no es para mi motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!”(I Cor. 9,16).

La “forma” de vida del apóstol.

Ante la forma ostentosa y un tanto espectacular de predicación de los legados pontificios, equipados con una “enorme cantidad de provisiones, caballos y vestimenta”, Diego de Osma tiene un gesto sorprendente. En junio de 1206 se deshace de todo su equipaje para ir a predicar en medio de la pobreza, como, por otra parte, hacían los herejes albigenses. No se trataba sólo de no causar escándalo en un momento en el que por toda Europa existía una “multitud de pobres”, sino de imitar más fielmente la pobreza del Maestro (*exemplo pii magistri facere et docere*) yendo más “ligeros de equipaje”, más libres. La Bula Papal de aprobación de la Orden habla de la predicación “en pobreza evangélica” (*in paupertate evangelica*).

En su momento, la evangelización paulina tampoco pretendió ser impositiva ni dominadora. A los corintios, en circunstancias difíciles de la relación, les decía: “*No pretendo hacerme dueño de ustedes ni de su fe, sino contribuir a su gozo: en cuanto a la fe, ya están firmes*” (II Cor. 1,24). Aunque, como padre en la fe (I Cor. 4,15) se ve obligado en ocasiones a ejercer su autoridad, intenta siempre dar la suficiente confianza para que la comunidad decida por sí misma y aclare sus problemas. Los llama a la responsabilidad en el contexto de la fe (I Cor. 5,5) y bajo la única autoridad del Señor (Ef. 4,5).

Además, Pablo le confiaba a los corintios: “*Cuando fui a ustedes, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría*” (I Cor. 2,1). Esta confesión revela en él una percepción del lugar que él ocupa: sabe que no es más que un instrumento. Frente a los mismos corintios reivindica enérgicamente esta verdad cuando se entera que se han dividido en varios partidos tomando como punto de referencia las grandes figuras de los evangelizadores:

¿Qué es, pues Apolo? ¿Qué es Pablo? (...) ¡Servidores por medio de los cuales han creído! Y cada uno según lo que el Señor les dio. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quién dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; si bien cada cual recibirá el salario según su propio trabajo, ya que somos compañeros de trabajo de Dios y ustedes, campo de Dios, edificación de Dios. (I Cor. 3,5-9).

Dios lo es todo; Él posee una primacía absoluta en este emprendimiento. Es Él quien concede la fe, la gracia y quien promueve el crecimiento. Es Dios quien tiene su plan y que lo lleva adelante. El evangelizador ha recibido una misión particular, una gracia (I Cor. 15,11) a la que debe ser fiel (cf. I Cor. 3,11-15). La *gratia predicationis*, al decir de la tradición dominicana.

La prioridad de la gracia.

Día tras día, en cada convento y casa de nuestra Orden, hermanas y hermanos saludamos a Domingo con una oración mediante la cual lo reconocemos como *Lumen ecclesiae, doctor veritatis, rosa patientiae, ebur castitatis y praedicator gratiae*. Éste último título refleja maravillosamente aquello que caracterizaba su espiritualidad: la trascendencia, la gratuidad y la eficacia de la gracia en la vida cristiana.

Domingo confía en la capacidad del ser humano para que, libre y conscientemente, responda a la amistad que Dios quiere ofrecerle. No es predicador de la “desgracia” y, menos aún, de la condenación; anuncia que Dios es misericordioso y compasivo. Jordán de Sajonia compuso una oración a Santo Domingo en la cual le dice: “*Tú que con tanto celo deseaste la salvación del género humano...*”¹⁵ Esa salvación es la misma vida de Dios que, lejos de anularla o destruirla, dignifica y eleva la naturaleza humana. Nada de lo humano puede ser ajeno a las hijas e hijos de Domingo.

La experiencia de Dios vivida por Pablo, llamada habitualmente “conversión”, la describe él mismo diciendo:

“Cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles” (Gal. 1,15-16).

Fue una experiencia que nunca olvidó y en la que apoyará su misión apostólica y el contenido del mensaje que proclamará.

En la carta a los romanos, después de haber mostrado ampliamente cómo toda la humanidad, judíos y no-judíos, se encuentran bajo el pecado, concluye:

“Ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen -pues no hay diferencia; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios- y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús” (3,21-24).

En esto consiste la Buena Noticia que Pablo proclama: Dios, por un acto absolutamente gratuito, nos hace justos, es decir, transforma al ser humano para que pueda obrar bien y a la altura de su condición de hijo de Dios. Aún “*donde abundó el pecado sobreabundó la gracia*” (Rm. 5,20).

Talante compasivo.

La historia de Domingo y su experiencia de Dios son incomprensibles sin el contacto intenso con la historia de sus contemporáneos. Esa experiencia brotaba especialmente del contacto con las personas dolientes necesitadas de salvación: Contacto en la infancia con un ambiente de reconquista que produce mucho dolor, pobreza y muerte; en Palencia, contacto con el hambre y la pobreza; en el norte de Europa, contacto con un paganismo agresivo y con una historia de martirio; contacto en Europa con la ignorancia religiosa que esclaviza; y contacto con una Iglesia, que en ciertos aspectos, se encontraba distante del Evangelio de Jesús.

Estas experiencias históricas generaron en Domingo el anhelo de identificarse con Jesús, viviendo su misma compasión. Es el sentimiento y la virtud más característica de su vida y de su personalidad. ¿Tenemos que seguir recordando lo que decía Jordán de Sajonia?

“Había en él una igualdad de ánimo muy constante, a no ser que se conmoviera por la compasión y la misericordia.”¹⁶

O fray Juan de Navarra:

“[Domingo] era compasivo con el prójimo y deseaba ardientemente su salvación; predicaba con mucha frecuencia y, por todo los medios que podía, animaba a los frailes y los enviaba a predicar, rogando y amonestando para que fueran solícitos de la salvación de las almas.”¹⁷

¹⁵ JORDÁN DE SAJONIA, “Oración del Maestro Jordán a Santo Domingo”, traducción de V. T. GÓMEZ GARCÍA en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 134.

¹⁶ JORDÁN DE SAJONIA, “Libellus” 59, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 118.

Compasión no es lástima. Significa “padecer con”, “sentir con”; implica la capacidad personal para ponerse en el lugar del ser humano que goza o sufre, en el “mundo” del otro. Domingo no se dedicará a condenar al mundo que le tocó vivir –ni aún a los herejes-, sino que sintió compasión del él. Su vida será un gran movimiento de misericordia hacia la humanidad que sufre.

“Dios le había otorgado la gracia particular de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos; sus calamidades las gestaba consigo en el santuario de su compasión.”¹⁸

Es probable que Pablo no haya conocido a Jesús en la carne.¹⁹ Sin embargo, estaba tan impresionado por el hecho de que Dios vino a la humanidad y se sometió a la crucifixión, que todo lo demás palideció ante la trascendental importancia de este hecho (cf. I Cor. 2,2).

La concentración de Pablo sobre la acción de Dios en Jesucristo lo conduce a fijar su mirada en la compasión de Dios con la humanidad, tal como se manifiesta en Cristo. Esto está bellamente concentrado en ese himno que comparte con la comunidad de Filipos (Flp. 2,5-11).

En particular, a la comunidad de Corinto, que se entusiasmaba por diferentes discursos religiosos, les indica cuál es el fundamento de la experiencia cristiana:

“Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres” (I Cor. 1,22-25).

La muerte de Jesús en la cruz es piedra de tropiezo para los judíos. No es posible que Dios se revele y que salve a través de un Mesías matado por los romanos. Para los paganos ilustrados, el anuncio de la muerte de Jesús es una locura: proclamar que Dios salva a través de un crucificado es decir tonterías. Concluye Pablo con un principio paradójico. La Pascua es la inversión total: la muerte se convierte en vida, la impotencia -en términos humanos- es el verdadero poder; la necedad humana es sabiduría de Dios.

A continuación emplea su reflexión cristológica como clave de interpretación para la realidad comunitaria:

“Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a nada lo que es.” (I Cor. 1,27-28).

Aún más importante como evidencia para una comprensión paulina de las implicaciones de la solidaridad divina, es su argumentación a favor de la ofrenda para los pobres de Jerusalén:

“Pues conocen la gracia de nuestro Señor Cristo Jesús, quien por ustedes se hizo pobre, siendo rico, para que ustedes mediante esa su pobreza, fueran enriquecidos.” (II Cor. 8,9).

Pablo saca las implicaciones de la lógica de la solidaridad y la aplica a la conducta entre las personas. Ella no deriva solo del análisis de las relaciones humanas ni inclusive de un noble altruismo, sino de la forma en que Dios da a conocer su salvación: Él se hizo fuerte y compasivo en la debilidad de la cruz.

¹⁷ “Processus”, nº 32, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 159.

¹⁸ JORDÁN DE SAJONIA, “Libellus” 12, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 97.

¹⁹ Sólo algunos detalles: Jesús nació de una mujer bajo la ley (Gál. 4,4), fue traicionado (I Cor. 11,23), instituyó la eucaristía (I Cor. 11,23), sufrió el tormento de la cruz (Gál. 2,20; 3,1; Flp. 2,5; I Cor. 2,2.8); murió (I Cor. 15,3), fue sepultado (I Cor. 15,4), resucitó de entre los muertos (I Cor. 15,4).

Cordialidad apostólica.

Escuchamos comentar en una ocasión a Margaret Ordmond que Domingo era conocido por su calidad humana, y nos refirió la cita de Dante, quien lo sitúa en el paraíso (XII, 57) diciendo que era “cariñoso con los de más”.

Desde la ventana de la habitación que daba a la Iglesia, parece que los frailes observaban a Domingo. Esto es lo que nos cuenta Gerardo de Frachet:

“Cierta fraile, hombre virtuoso y discreto, dijo que había estado sin dormir durante siete noches por ver qué hacía el bienaventurado padre. Y dijo que unas veces se ponía de pie; otras, de rodillas; otras, se postraba enteramente sobre el duro suelo y perseveraba así hasta que el sueño le rendía. Y al punto que se desvanecía un poco el sueño, visitaba los altares hasta media noche. Luego, calladamente, se acercaba al dormitorio y visitaba a los frailes, que dormían, cubriendo con gran ternura a las que estaban destapados. Hecho lo cual volvía a la iglesia para seguir orando.”²⁰

Y sabemos de la familiaridad y amabilidad de Domingo cuando llevaba recuerdos a las hermanas, o cuando, según relata sor Cecilia, invitaba a la alegría compartida entre hermanas y hermanos, después de la agotadora jornada dedicada a la predicación:

“Cierta día [Domingo] llegó más tarde de lo acostumbrado [a encontrarse con los frailes y las hermanas], de modo que las hermanas, creyendo que no iría, habían dejado ya la oración y se habían ido al dormitorio. Pero he aquí que de improviso tocaron los frailes la campana, que era la señal para convocar a las hermanas cuando venía a visitarlas el Santo Padre. Oída la cual, se apresuraron a ir a la iglesia todas las hermanas, y abierta la ventana de la reja, le encontraron sentado ya allí con los frailes, esperándolas. (...) Después les dio una gran conferencia, proporcionándoles mucho consuelo. Al terminar su alocución les dijo: «Será bueno, hijas mías, que bebamos un poco». Y llamó a fray Roger, bodeguero, y le dijo que trajera vino y una copa. Habiendo traído el fraile lo que le había dicho Santo Domingo, le mandó que llenara la copa hasta el borde. Después la bendijo y bebió él en primer lugar; tras él bebieron todos los frailes que se hallaban presentes. Eran, pues, los frailes que se habían congregado allí, entre clérigos y cooperadores, veinticinco; todos bebieron cuanto quisieron, pero la copa no disminuyó, permaneciendo llena. Después de que bebieran todos los frailes, dijo Santo Domingo: «Quiero que beban todas mis hijas». Llamó entonces a Sor Nubia y le dijo: «Acércate al torno y toma la copa, y da de beber a todas las hermanas». Fue ella con una compañera y tomó la copa, llena hasta los bordes. Y estando tan llena, no se derramó ni una sola gota. Bebieron, pues, todas las hermanas cuanto quisieron, comenzando por la priora, y tras ella todas las demás; el Santo Padre les decía de vez en cuando: «Beban bastante, hijas mías». Eran entonces las hermanas ciento cuatro todas bebieron de aquella copa el vino que quisieron, pero sin que disminuyera en absoluto.”²¹

En las cartas de Pablo podemos ver con mucha claridad en qué términos se da la relación entre los evangelizadores y las comunidades:

“Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con ustedes, como una madre cuida con cariño de sus hijos. De esta forma, amándolos a ustedes, queríamos darles no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habían llegado a sernos muy queridos. Pues recuerdan hermanos, nuestros trabajos y fatigas. Trabajando día y noche, para no ser gravosos a ninguno de ustedes, les proclamamos el Evangelio de Dios. Ustedes son testigos, y Dios también, de qué santa, justa e irrefragablemente nos comportamos con ustedes los creyentes. Como un padre a sus hijos, lo

²⁰ GERARDO DE FRACHET, “Vita fratrum Ordinis Praedicatorum necnon crónica Ordinis ab anno 1203 usque ad 1254” cap. 18, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 425.

²¹ BEATA CECÍLIA ROMANA, “Relación de los milagros obrados por Santo Domingo”, traducción de V. T. GÓMEZ GARCÍA en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 671.

saben bien, a cada uno de ustedes los exhortábamos y alentábamos, conjurándolos a que viviesen de una manera digna de Dios, que los ha llamado a su Reino y gloria.” (I Tes. 2,7-12).

“Los llevo en mi corazón, partícipes como son todos de mi gracia, tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio. Pues testigo me es Dios de cuanto los quiero a todos ustedes en las entrabas de Cristo Jesús.” (Flp. 1,7-8).

Los sentimientos de afecto y cariño no pueden faltar, ya que la evangelización no es una tarea profesional sino un vínculo profundo entre las personas. Es como una gestación (I Cor. 4,15; Gál. 4,19-20) en donde fermentan relaciones de intimidad y cordialidad. En Éfeso algunos jefes no judíos son amigos de Pablo y son quienes lo salvan de la revuelta de los orfebres (cf. Hch. 19,23-40). En Galacia, los que se preparaban para el bautismo se habrían “*sacado los ojos*” por él durante el tiempo de su enfermedad (Gál. 4,12-15). Pablo sentía nostalgia por sus hermanos lejanos, como ocurrió con los tesalonicenses después de su partida (cf. I Tes. 2,17-18). Está angustiado hasta el extremo y no teme verse privado del único colaborador con tal de mandar y recibir noticias (I Tes. 1,3-5). Le dice a la comunidad de Corinto que de buena gana se gastará y desgastará hasta agotarse por ellos (cf. II Cor. 12,15). La carta a Filemón también es testigo de los sentimientos de Pablo: “*Te ruego por el hijo al que he engendrado entre cadenas. Lo devuelvo, a éste, mi propio corazón (...) Recíbelo como a mí mismo*” (Flm.10.17).

Hacia las fronteras.

Es conocido el deseo de Diego, el obispo de Osma, de embarcarse en la evangelización de los “cumanos”. Dice Jordán:

“Reveló al Papa que era propósito suyo muy querido, dedicarse con todas sus fuerzas a la conversión de los cumanos, si se dignaba admitirle la dimisión.”²²

Este anhelo fue acogido con mucho entusiasmo por Domingo, tal como nos lo relatan dos testigos de canonización. Por un lado, fray Rodolfo de Faenza, quien se unió a la Orden en 1219, informaba:

“[Domingo] deseaba la salvación de las almas, tanto de los cristianos, como de los sarracenos, y especialmente de los cumanos y otros pueblos. Era más celoso de las almas, que hombre alguno que jamás haya conocido. Decía con frecuencia que deseaba ir a los cumanos y a otros pueblos infieles.”

Por su parte, fray Pablo de Venecia testimoniaba:

“[Domingo] anhelaba mucho la salvación de las almas, tanto de fieles como de infieles. Con frecuencia dijo a este testigo: «Después de que organicemos y consolidemos nuestra Orden, iremos a los cumanos, les predicaremos la fe de Cristo y los conquistaremos para el Señor».”²³

Hasta 1217 la acción misionera a través de la predicación, sobre todo la realizada por medio de los legados pontificios, se dirigía a los territorios en los que se encontraban los herejes. A partir de entonces, Domingo decide extender su campo de acción a toda la comunidad cristiana. Tomando como apoyo las dos universidades nacientes de París y de Bolonia, su predicación se hará universal, destinada a todo tipo de personas.

Tres años más tarde, en 1220, y uno antes de su muerte, le parece llegada la hora de que su Orden atraviese las fronteras de la cristiandad para lanzarse hacia lo desconocido, desde donde se

²² JORDÁN DE SAJONIA, “Libellus” 17, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 90.

²³ “Processus”, nº 32.41, en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán*, 163.173.

espera confusamente a Cristo, como le aseguraba su fe. Domingo proyecta sin descanso a sus frailes hacia su propio ideal misionero.

Finalmente, en el Capitulo de 1221 se convertirá en realidad el sueño largamente acariciado de enviar hermanos más allá de las fronteras de la cristiandad, al norte de Europa, al Oriente Próximo, y hasta las puertas de Asia. Lo que él mismo no pudo hacer, aunque lo llevara en su corazón de apóstol, lo encomendó a sus frailes. Y así ve realizado su proyecto de una vida verdaderamente apostólica: “vayan por el mundo entero” y “hagan discípulos” de todas las naciones (Mt. 28,16.19).

En una etapa importante de su actividad evangelizadora, Pablo escribe su carta a la comunidad de Roma, una comunidad que estaba formada desde hace tiempo y que él no había fundado ni visitado. Al final de la epístola realiza una constatación y expresa un deseo. Afirma que:

“desde Jerusalén y en todas las direcciones hasta la Iliria he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo; teniendo así, como punto de honra, no anunciar el Evangelio sino allí donde el nombre de Cristo no era aún conocido, para no construir sobre cimientos puestos por otros” (Rm. 15,19-20).

Considerada literalmente esta afirmación parece desmesurada. Sin embargo, hay que comprenderla a partir de la certeza que Pablo tiene de que el Evangelio se abre camino por sí mismo y que, partiendo de unas comunidades determinadas, logra esparcirse más allá de sus límites. La Buena Noticia había llegado al Asia Menor y Grecia; hay que proclamarlo donde todavía no se lo había hecho:

“Mas ahora, no teniendo ya campo de acción en estas regiones, y deseando vivamente desde hace muchos años ir a ustedes cuando me dirija a España (...) espero verlos al pasar y ser encaminado por ustedes hacia allá.” (Rm. 15,23-24).

Con un cierto inconformismo, los evangelizadores estaban pendientes de que la Buena Noticia se anuncie “más allá” de los límites actuales. En el caso de Pablo y Domingo, los límites eran fundamentalmente geográficos; pero sabemos que en nuestras sociedades hay otras “fronteras” que dividen, separan y excluyen, a las cuales nuestro padre Domingo nos sigue invitando a ir.

FR. GABRIEL M. NÁPOLE OP
Buenos Aires, 31 de mayo de 2008